

# Argentina, víctima de la guerra agrícola

## El inclemente proteccionismo de los ricos

Carlos Ábalo\*

La venta subsidiada de trigo estadounidense está produciendo graves dificultades a los agricultores argentinos. Los subsidios se extendieron también a la soya, por lo que los productores están perdiendo la esperanza de recupe-

rar con ese producto las pérdidas sufridas con el trigo. El subsidio estadounidense a la venta de harina de trigo —de alrededor de 50 dólares la tonelada— es una respuesta a los subsidios franceses de 150 dólares por tonelada. Esta guerra agrícola entre Estados Unidos y la CEE está derrumbando los precios y pone en peligro la política argentina de ajuste. Los subsidios estadounidenses en trigo se aplican sobre todo a la URSS, pero existe el riesgo de que también se extiendan a Brasil, lo que afectaría un mercado poco menos que cautivo de Argentina y generaría tirantez entre ambos países, abocados al proceso de integración.

\* Economista, periodista y analista. Fue redactor de *Comercio Exterior* durante ocho años. Este artículo se publicó en *El Día Latinoamericano*, 12 de noviembre de 1990, editado simultáneamente en México y Chile. Se realizaron pequeñas modificaciones editoriales.

La Sociedad Rural, representante del poder agrario tradicional, se encuentra negociando créditos con los bancos por un equivalente de 200 millones de dólares —cifra similar a la pérdida de los productores, al actual nivel de precios y de subsidios— para retener el trigo de la cosecha durante tres meses, con la esperanza de que al finalizar ese lapso, que estará caracterizado por el estire y afloje de Estados Unidos y la CEE en la Ronda de Uruguay del GATT, puedan aumentar los precios. Ésa, por lo menos, fue la sugerencia que les efectuó a los productores argentinos el subsecretario de Agricultura, Felipe Sola, fundado a su vez en el único consejo que le pudo dar el secretario de Agricultura de Estados Unidos, Clayton Yeutter, al asombrado y compungido presidente Carlos Menem. Todavía no está claro quiénes terminarán pagando el costo de los créditos, pero seguramente serán los consumidores argentinos, ya que el agro y la Sociedad Rural son la vaca sagrada del país.

De cualquier manera, los productores con grandes establecimientos y comercialización propia iniciaron un cabildeo en Estados Unidos para suplicar al Gobierno de ese país que renuncie a sus subsidios y permita que Argentina pueda pagar su deuda con las divisas que le genera la exportación agraria. En realidad, a los grandes terratenientes e intermediarios cerealeros no les preocupa mucho si Argentina paga o deja de pagar su deuda, ya que cuando lo requirieron elevaron en forma salvaje el precio del dólar, desencadenaron hiperinflaciones y especulaciones cambiarias y dificultaron los pagos. Sin embargo, ahora la excusa del pago encubre su única preocupación: la baja de los precios y la caída de su rentabilidad.

El subsidio estadounidense fue un golpe bajo para la política del presidente Menem, quien ha jugado todas sus cartas a abrir la economía y a congraciarse con Estados Unidos, convencido de que si el país libera abruptamente su intercambio —aun causando graves problemas a las industrias— podrá ganar mercados para sus granos. Sin embargo, cuando empezaron los reclamos, un legislador estadounidense aconsejó a la delegación argentina que planten melones de contraestación en la pampa húmeda. Siempre que se presentaron dificultades para los granos en el mercado mundial, los diversos gobiernos argentinos prefirieron comprometer su desarrollo industrial antes que poner en peligro las ventajas comparativas agrarias de los poderosos cabilderos terrateniente y cerealero.

En ocasión del viaje de los presidentes a Nueva York por la iniciativa mundial para los niños, Menem habló con George Bush del problema. Menem había dicho que pediría una compensación por el daño que provoca la política estadounidense de subsidios, pero el Gobierno de Washington desestimó el pedido y Menem sólo recibió muestras de comprensión y felicitaciones por su política de austeridad, a pesar de que creía que la cuestión de los subsidios podría ser solucionada

con prontitud para reforzar la Iniciativa de las Américas. La ausencia de reciprocidad en la política arancelaria y la protocolización ponen en tela de juicio la liberación de los mercados. Menem volvió de Washington con unas cuantas promesas, pero con las manos vacías. La máxima concesión de Estados Unidos ha sido aprobar la constitución de grupos de trabajo para analizar periódicamente las relaciones comerciales entre los dos países.

Las muestras de complacencia del gobierno de Menem hacia Estados Unidos llegaron al extremo de que Argentina rompió su larga trayectoria de neutralidad y se convirtió en el único país de América Latina que ha enviado fuerzas al golfo Pérsico, sin la debida consulta al Parlamento y a pesar de que las encuestas mostraban una clara opinión contraria por parte de la mayoría de la población argentina. Pero, en medio de la crisis, Argentina ni siquiera tenía recursos para sostener el gasto de transportación de dos barcos, y el canciller Domingo Cavallo ha debido realizar gestiones con los gobiernos árabes —incluyendo el de Kuwait en el exilio— para que cumplan con su promesa de hacerse cargo de los gastos de participación en el bloqueo naval contra Irak. Según el Gobierno, esos gastos se financiarían mediante fondos multilaterales, pero, además, los sueldos de los marinos —bastante altos por el tipo de misión que se les encomienda— deberán ser costeados por el Estado argentino.

La proximidad de la finalización de la Ronda de Uruguay del GATT ha acicateado la guerra agrícola entre la CEE y Estados Unidos. Las propuestas oficiales para reducir los subsidios son de 70% por parte de Estados Unidos y de 30% por parte de la CEE, pero las diferencias no son tan grandes porque la propuesta estadounidense se extiende a lo largo de un período más extenso, con lo que el ritmo de desmontaje de la protección no es muy diferente en uno y otro casos. Para el Grupo de Cairns, de 14 grandes exportadores agrícolas —que integra Argentina junto, entre otros, con Australia y Canadá—, las negociaciones han sido un fracaso, pues pretendían un comercio absolutamente libre, lo cual resultaba utópico. Hay que tener en cuenta que la reducción de los obstáculos arancelarios al comercio de manufacturas se realizó en el GATT a lo largo de 40 años: nadie puede esperar que el primer programa de reducción de subsidios agrícolas llegue a resultados perentorios, y menos que esos resultados se encuentren guiados por consideraciones políticas vinculadas con la iniciativa de Bush, que es, en última instancia, un buen resguardo estadounidense del mercado regional americano frente a la mayor integración mundial. El valor total de los subsidios agrícolas en los países industrializados es de 245 000 millones de dólares anuales y un estudio del FMI revela que cada vaca estadounidense recibía en 1986 un subsidio equivalente a 1 400 dólares. Los países desarrollados siguen preservando sus mercados a pesar de la mundialización y no liberarán ni desregularán con tanta facilidad su producción agrícola. □